

## MISCELÁNEA

Desde que me aficioné a rebuscar noticias viejas, desempolvando archivos, ya de protocolos, ya de Catedrales o Parroquias, casi siempre fui en busca de datos concretos, encaminados a un fin premeditado; pero conforme salía lo buscado, iban apareciendo otras noticias históricas, artísticas y hasta sólo de costumbres más o menos desconocidas y nunca las deseché, sino que las iba tomando y me servían para trabajos sueltos, artículos, memorias y muchas veces sólo para dar a eruditos amigos que estudiaban asuntos relacionados con lo por mí encontrado. Tal me ocurrió con el hallazgo de la Camacha, célebre hechicera Montillana, que facilité a D. Agustín González Amézua, para sus comentarios al *Diálogo de los Perros* del príncipe de los Ingenios; y muchas noticias de la familia de Cervantes que aprovecharon D. Francisco Rodríguez Marín y D. Norberto González Auriolés y muchas más que han publicado D. José Gestoso y D. Narciso Sentenach, y tantos otros amigos míos a quienes he ayudado y que han tenido la atención de consignarlo así en libros importantísimos.

Esto mismo vengo haciendo en los archivos parroquiales de Toledo, donde busco noticias de carácter artístico, con abundante resultado, pero entre ellas salen otras referentes a escritores, a acontecimientos y a topografía de la población, y no se me han de quedar en el tintero; pero así como antes las daba a otros, ahora pienso darlas a la generalidad, a cuantos quieran aprovecharlas, y esto lo haré mediante su inserción en el *Boletín Oficial* de nuestra Academia, por medio de artículos cortos y a veces sin más que las noticias escuetas y dando manos a la obra, empiezo hoy con una noticia curiosa referente al célebre cronista Esteban de Garibay, que he encontrado en el archivo de la Magdalena.

**I.—Esteban de Garibay.**

En 7 de Diciembre de 1624 y ante el escribano Rodrigo Alvaro de la Hoz, otorgó su testamento, en Toledo, Alonso de Montoya, Secretario jubilado del Santo Oficio de la Inquisición de Sevilla.

Este documento es interesante desde sus comienzos, pues por él se demuestra que los Montoyas, apellido que tuvo en Toledo mucha extensión y lo llevaron hombres tan notables como el orfebre Alejo de Montoya, era originario de las comarcas del Norte, pues el testador era hijo de Bartolomé de Montoya, natural del lugar de Arbigano, provincia de Alava, aunque casado con la toledana Luisa Ramírez. Los bisabuelos paternos eran también de Arbigano y se llamaban Pedro Fernández de Montoya y Juana Sáez de Perea, y por parte de madre, el bisabuelo Hernando de Valladolid, aunque vecino de Toledo, era vizcaíno y la bisabuela toledana, se llamaba Gracia Rodríguez, y era hija del Maestro Juan Bosque y de Catalina García, ambos toledanos.

Se manda enterrar en la parroquia de la Magdalena, «en la sepultura que es de mis padres, que tiene una losa con letrero que lo advierte», si antes no hubiera alcanzado entierro en la Catedral, «donde tengo particular devoción de enterrarme, y si tuviere efecto la dicha gracia y se me pudiere poner losa con letreros y mis armas, mis albaceas la pongan blanca en él y con ellas como se acostumbra.»

Tenía Montoya un hermano llamado Bartolomé, casado con D.<sup>a</sup> Isabel de Morera.

Fué Montoya casado dos veces; la primera con D.<sup>a</sup> Isabel de León, que murió en Sevilla, y la segunda con D.<sup>a</sup> Isabel de Chaves, con quien casó en 1606, y que era viuda del jurado de Toledo Andrés Díaz, familiar del Santo oficio, de quien llevaba hijos, y entre otros Fr. Francisco de Chaves.

Dejaba varias mandas y entre ellas 50 ducados a Diego Gallo, acuñaador de la casa de la Moneda; a Juan de Montoya, hijo de Diego de Montoya, natural de Arbigano, dejaba lo bastante para que acabase la carrera y se ordenara de sacerdote. Este seguía los estudios en casa del testador, de quien el Diego de Montoya era sobrino, y a éste le dejaba 100 ducados. Mandaba 100 ducados a Ana de Oro, viuda, hija de Catalina de Oro y nieta de D.<sup>a</sup> Juana de Montoya su hermana, y 50 a María de Oro, mujer de Diego Bosque, acaso hermana de Catalina, pues dice ser hija de D.<sup>a</sup> Juana de Montoya.

Deja por heredera a su alma, fundando una memoria de dotes para casamiento de parientes suyas. Son albaceas; su mujer, Juan Méndez de Chaves, hermano de ésta; el Licenciado Bernabé Correa de Silveira y Juan Rodríguez Monforte. Todo lo anterior-

mente relacionado es importante o por lo menos curioso en cuanto se refiere a los Montoyas y ahora entra lo interesante con relación a Esteban de Garibay.

En primer lugar deja mil ducados a D.<sup>a</sup> Bernardina de Garibay su sobrina, hija de D. Luis de Garibay y de D.<sup>a</sup> Mariana de Borja, y después estampa la siguiente importantísima cláusula.

«Item declaro que he sido tutor de las personas y bienes de don Pablo de Desso y de Doña Luisa María de Desso mi sobrino hijo de Pedro González de Desso y de Doña Luisa Garibay mi sobrina de la qual tutela he dado cuenta ante el señor Alcalde mayor y exonerádome de ella por ante Melchor de Galdo, escribano del secreto, mando que si yo no hubiere acabado de pagar el alcance que se me hizo, se paguen de mis bienes y se entreguen los bienes que están en pie y ser advertidos en la dicha cuenta, excepto once cuadernos de un libro que escribió el señor Esteban de Garibay Çamelloa, Coronista de su Magestad de su mano y letra, que uno es el índice, los cuales nunca se han impreso y son de mucho valor y estima: declaro son de los dichos menores por ser nietos del dicho coronista y que éstos no se den a los tutores nuevos ni se muestren a nadie porque tratarán de su impresión y no conviene otro los vea sino que se le entrieguen teniendo edad y que conozcan lo que es y dispongan a su voluntad y en el ínterin esten en poder de el licenciado Correa de Sirvela, uno de mis albaceas.»

## II.—El Obispo de Maxulea.

El obispo *in partibus* de este título, auxiliar de la Archidiócesis de Toledo, se llamó D. Andrés Núñez Monteagudo y fué hijo de D. Pedro Núñez Risueño y de D.<sup>a</sup> Ana Blasco. Nació en San Juan de Villamalea, obispado de Cartagena, y murió en Toledo en 25 de febrero de 1761, habiendo testado en buena salud ante el escribano D. Simón Gabriel de Romani, canónigo y del consejo de Su Majestad, en 14 de Junio de 1760, dejando aparte otra disposición testamentaria en un Memorial, fechado en Toledo en 15 de agosto del mismo año. Fueron testigos del testamento José Díaz Romero, notario apostólico, Julián de Mora y José García, vecinos de Toledo; declara herederos a D. Juan Díaz, D. Pedro Fr. Pinar y D. Francisco Almonacid Valero su capellán, y para cumplir su voluntad nombra albaceas al deán de la Catedral Primada

D. Juan Antonio de los Infantes, al canónigo D. Martín de Oribe, a D. Juan Díaz de la Guerra, del consejo de Gobernación del Arzobispado, los curas de Santo Tomé y San Antolín, D. Pedro Fernández Pinar y D. Antonio Villalba y al Prior que fuere de San Pedro Mártir al tiempo de su defunción. Era cura de Santa Leocadia en 1733 y era ya obispo auxiliar en 1739.

Las cláusulas testamentarias y las del Memorial son bastante curiosas y entre ellas, la referente a su enterramiento, pues dispone que si falleciere en su patria o a menos de ocho leguas de distancia, le lleven a enterrar al oratorio de sus casas principales, y si fuese a mayor distancia, le sepulten en la iglesia del lugar de su fallecimiento. Como murió en Toledo, es claro que no se pudo cumplir la primera parte y que se le sepultó en la Catedral.

Recordando que había sido cura de Santa Leocadia, deja a esta iglesia una lámina de la Virgen de la Salud (1), un frontal de creencia con cenefa bordada que tenía en su oratorio y 685 reales para ornamentos; y los albaceas, al cumplir esta cláusula, dieron a la parroquia un terno negro que costó 776 reales y 17 maravedís, más 600 reales para limosnas a los pobres de la parroquia.

Mandó que a sus esclavos Antonio de los Santos y Manuela del Carmen, se les diese libertad el día del fallecimiento, dándoles sus ropas y doscientos reales a cada uno, para que pudieran sustentarse hasta el día que encontrasen a quien servir.

A su oratorio de Villamalea le deja el cáliz menor, dos fuentes de plata doradas, las palabras de la misa con marco de plata, casulla, estola, manipulo, paños de sobre cáliz, y capa pluvial, de tela de oro de campo blanco con flores de colores, las bandejas y todas las demás alhajas y ornamentos de su oratorio de Toledo, y a la iglesia de Villamalea una lámpara de plata de sesenta onzas que había que labrar, para la capilla de San Bartolomé, recogiendo la de azófar que entonces había; una colección de libros (que enumera), de su biblioteca para formar allí una parroquial, y, por último, crea una escuela para 25 niños pobres, entendiéndose por

(1) Es muy raro que habiendo dado recibo el cura de Santa Leocadia, en 14 de Abril de 1761, de «una lámina de cobre para tirar estampas de Nuestra Señora de la Salud y de un frontal que hace a varios colores», en el inventario de la parroquia de 1785, se diga: «Una lámina de cobre para imprimir las estampas de Nuestra Señora de la Salud que se a parecido sin saber cómo.»

pobres aquellos cuyos padres no tuviesen otros bienes que su jornal.

A D. Pedro Fr. del Pinar, su albacea, deja un cuadro de Santo Tomás que tenía en su pueblo, una bandeja de plata de 24 onzas y una arroba de chocolate, y a D. Antonio Villalba otra bandeja y otro tanto de chocolate, y, finalmente, distribuye su caudal en tres partes, la primera para limosnas a comunidades de monjas, la segunda para hospitales y la tercera para dotes de casamiento de doncellas.

Habiendo fallecido como queda dicho en 25 de Febrero de 1761, en una casa que no sé cuál fuese, aunque sí que era del estado de Gálvez, en la parroquia de San Antolín, en esta iglesia se hizo el funeral y desde allí se le llevó a enterrar, en andas, acompañando el entierro los niños de la doctrina, el cabildo de curas, los capellanes de coro, la comunidad de frailes de San Pedro Mártir, la cofradía de la Virgen y Madre de Dios de la capilla de Palacio y 12 pobres con capuces de paño pardo que se les dieron. La ofrenda del funeral consistió en 388 roscas, 6 carneros, trigo, vino y maravedís, importando todo 1157 reales con 14 maravedís. El ataúd en que se le depositó para enterrarle fué forrado de paño negro con galón y tachuelas doradas.

Hecho el entierro, los albaceas se dedicaron a hacer el inventario, en el que figuran 31.595 reales y 4 maravedís; dos coches, el uno de paseo y otro de camino y cinco mulas, que se vendieron en 1.100 y 700 reales los coches, y en 6.110 las caballerías; ocho tapices de Bruselas, primera suerte de la historia de Dido y Eneas, que estaban tasados en 9.500 reales y se vendieron, a 3 de Junio de 1771, es decir, diez años después, en 6.000 reales, al abad del Real Sitio de San Ildefonso; un reloj de música con caja de nogal y remates dorados; una silla episcopal forrada de terciopelo decorado y dos mitras bordadas de oro fino y aljófara con piedras falsas, que se vendieron al tiempo de los tapices, en 450 reales, sin que se diga a quién. Los demás muebles se vendieron en seguida, en almoneda, por 14.738 reales con 17 maravedís, y los libros, excepto los que iban a Villamalea, se vendieron también en 7.685. La plata tasada por el contraste José de la Casa produjo 30.762, más 498 reales 3 maravedís de un cáliz y 420 de un copón que se vendieron aparte, y quedaron sin vender dos sortijas de oro con amatistes, seis de plata con piedras de color de topacio, dos juegos de botones de oro con 24 amatistes y otro de plata con

cuatro amatistes. Importó todo el cargo para los albaceas 149.550 reales con 20 maravedís.

Una de las primeras cosas de que los testamentarios se preocuparon fué de mandar labrar la lámpara para Villamalea y se la encargaron al platero Felipe Alvarez Ejido, que la hizo por 1395 reales, y también de que el escultor Germán Fernández terminase la hechura de un niño que el prelado difunto había mandado hacer para la Virgen de la Salud, de Santa Leocadia, y que acabado, se le entregó al cura en 4 de Septiembre del mismo año, y, por último, hicieron una casulla de damasco blanco, también para Villamalea, que labró y bordó Sebastián Martín de Torredeneyra.

Entrando ahora a ver lo que hay de notar en el inventario de los bienes muebles del prelado difunto, encontramos en ella no pocas curiosidades. Los objetos de metal, excepto plata y oro, los tasó Juan de Combas y en ellos está la vajilla para la mesa del obispo que era toda de peltre y se componía de seis platos nuevos, 12 viejos, 12 chicos, cuatro medianos y dos fuentes, y para alumbrarse tenía dos velones grandes y uno pequeño; dos palmariorias, un candelero y dos candiles. Tenía además una araña de madera de 12 candeleros. El tintero y la salvadera eran de peltre. Hay que confesar, por este lado, que el prelado vivía modestamente.

Las obras artísticas que poseía y que tasó el pintor Benito de Mendoza, no eran muchas y a juzgar por los precios, insignificantes. Las pinturas eran 17 y las esculturas 27, y entre todas la de mayor precio, 300 reales, es un Cristo de marfil.

Los muebles, que tasó Julián González, maestro carpintero, eran muchos y buenos, y entre las ropas tasadas por el sastre José Rodríguez, había 13 paños franceses de montería viejos, cinco reporteros de Francia y tres alfombras.

La librería del obispo era abundantísima, compuesta de libros de Teología y legislación eclesiástica, y que no fuesen de tal carácter, había sólo las obras siguientes:

Parnaso Español; de Quevedo, Madrid, 1663.

Historia de Guadalupe; Madrid, 1743, en folio.

Vida de D. Diego de Arce; por D. Juan de Mora, Madrid, 1625, en folio.

Obras del P. Juan de Avila; Madrid, 1674.

Historia de España, ¿Mariana?; Madrid, 1671, 2 tomos.

Historia de Méjico; de Solís, Barcelona, 1711.

Historia; Salazar; Córdoba, 1743.

Cartas de Santa Teresa y obras de la misma.

Obras de Fr. Luis de Granada; Salamanca, 1622, 2 tomos.

Sermones de Fr. Luis de Granada; Amberes, 1601.

Reales exequias de Luis I; Madrid, 1725.

Reales exequias de Luis XIV de Francia; Madrid, 1727.

Reales exequias de D.<sup>a</sup> María Luisa de Saboya; Madrid, 1735.

Obras de Montalbán, en verso y prosa.

Tasó los libros el librero Juan Fernández.

Terminemos este artículo copiando íntegra la tasación del fiel contraste, que es sumamente curiosa, y dice así:

«Certificado de Joseph de la Casa, tasador de joyas, fiel contraste, tasador de oro y marcador de plata en Toledo y su jurisdicción (1).

Báculo con bolla y cayada con + por remate, con serafines cincelados, con seis cañones y un remate clavado en una basa de plata de ley sobredorada que pesa 80 onzas y 6 ochavas. 1730 reales.

Doce platos antiguos con hilo al canto.

Dos mayores antiguos de la misma hechura.

Una bandeja aovada cincelada con un león en medio, 42 onzas y media ochava.

Otra aovada cincelada con escudo liso.

Otra aovada y cincelada con tiesto y dos cipreses.

Otra aovada y cincelada con un tiesto de flores en medio.

Otra pequeña aovada y cincelada con un león.

Otra pequeña aovada y cincelada con orla de flores en medio.

Dos vasos con tapas de forma moderna.

Dos platos polleros con asas y molduras.

Una palancana con cabo.

Una bola para jabón de dos piezas engarzadas.

Escribanía, formada de bandeja aovada, tintero, salvadera, obleera y campanilla, todo agallonado, 1422 reales con 17 maravedís.

Doce cuchillos con puño de plata.

Doce cubiertos de media moda.

Doce cucharas y seis tenedores.

(1) He suprimido el peso y el precio y aligerado algo la redacción, por hacer este trabajo menos largo y pesado.

- Un cucharón.  
Una escupidera con tapa engonzada.  
Una pililla grande cincelada con tres tarrajas.  
Otra pequeña.  
Un platillo redondo con castañetas alrededor.  
Dos basos que entran uno dentro del otro.  
Un salero antiguo con cuatro garras y dos tapas engonzadas y en medio pimentero.  
Otro de igual hechura más angosto.  
Una palmatoria antigua y espabiladera.  
Un platillo y espabiladeras en una cadena.  
Una salvilla con la falda vuelta y el pie antiguo.  
Otra más grande con el pie de moda.  
Cuatro candeleros antiguos cuadrados.  
Una palancana grande antigua recortada alrededor con moldura lisa.  
Una bandeja mediana cincelada con un pájaro sobre una flor de plata.  
Un cuadrito de plata con una corona cincelada y marco liso y en medio pintada una santa Clara en el cristal y nueve rosetas de filigrana.  
Una Concepción de madera con pie y arco de plata.  
Una caja de Ingalaterra cuadrada y sobredorada tallada.  
Otra cuadrada lisa.  
Otra caja redonda para formas con una cruz en medio dorada a fuego por dentro.  
Una caja de concha con cerco y goznes de plata.  
Otra caja cuadrada de plata dorada con tapas de venturina.  
Un coco grande con pie y asas de plata.  
Otro pequeño con pie de plata calado.  
Otro más pequeño con pie lo mismo.  
Una marcelina antigua de plata.  
Una paleta pequeña con una concha de plata.  
Una cadena de reloj de plata.  
Cuatro crimeras, las tres en forma de jarroncillos y otra de caja engonzada de plata.  
Una caja con hechura inglesa.  
Un reloj con caja y sobre caja de oro.  
Un pectoral de plata agallonado y dorado por reverso con siete amatistes y cuatro esmeraldas pequeñas y cadena de oro.

Otro de plata con reversos dorados y calados, diez y nueve esmeraldas engastadas en oro y cuarenta diamantes, los diez y seis tablas y los otros rosas con cadena de oro.

Otro de oro con doce mermeletas y en ellas grabados los atributos de la pasión.

Una sortija de oro gallonada con una esmeralda redonda abrillantada de catorce granos.

Otra sortija de oro con dos flores a los lados y con amatiste grande.

Otra sortija de oro con un amatiste.

Otra de oro con una esmeralda.

Otra sortija de plata con cristal atopaciado.

Dos pares de botones de oro con veinte y cuatro amatistes.

Dos pares de botones de plata con cuatro amatistes.

Un abito de la Inquisición en porcelana engastado en plata con dos muletillas de bronce dorado.

Toledo y Marzo 27, 1761. —José de la Casa.»

Además hay un copón encontrado después y un cáliz y patena de plata sobredorada con un recibo de La Casa, de 98 reales y 3 maravedís, de modo que serían obras suyas.

### III.—Una procesión ya olvidada.

El documento 111 del Archivo de la Parroquia de Santo Tomé, es un «Inventario de Alhajas S.<sup>to</sup> Xpto de la Humildad», hecho en 1761, y por él podemos decir cómo era la procesión que esta Cofradía sacaba de la iglesia de San Juan de los Reyes todas las Semanas Santas y de la que no queda ni el recuerdo. Valiéndonos de este curioso documento, describiremos la solemnidad.

Se componía la procesión de cinco pasos, que eran: La Oración del Huerto, Adivina, Humildad, Crucifijo y la Virgen con San Juan, que los llevaban a hombros 36 mozos con horquillas de hierro, y les acompañaban 14 más, que llevaban ciriales y un clarinero, y todos los 51 iban revestidos con túnicas de lienzo morado.

Interpolados entre los pasos, iban cuatro estandartes, tres de ellos pendones de damasco morado carmesí, guarnecidos de fleco y con cordones y borlas de seda morada y las cruces de bronce, y el otro de tafetán de los mismos colores.

Delante iba la cruz, y más delante iba un cofrade con la demanda, que era una bacía de azófar y en ella una imagen pequeña del Cristo de la Humildad con potencias de plata.

Distribuidos en la procesión, y ordenándola, marchaban los dos mayordomos con cetros con imágenes pequeñas del Cristo titular, y los 11 oficiales también con cetros de bronce dorados y plateados, rematados en macetas, y las varas doradas y moradas.

Parece que el paso que iba delante era el de la Oración en el Huerto, muy grande, pues llevaba nueve figuras. Jesús estaba arrodillado, con túnica de tafetán carmesí con ceñidor del mismo color y un manto de tafetán morado y en su cabeza diadema de plata. Este traje era el de gala, que se vestía sólo para este acto, pues el del resto del año, aunque era de los mismos colores y tela, no se sacaba a la calle. Delante había un tronco de oliva y en él el ángel con la cruz y el cáliz no muy artísticamente colocado, porque si bien se le sujetaba con terrajas y tuerca, para evitar el balanceo, le ataban por detrás de las alas al tronco de la oliva con un cordel. Iban en este paso tres apóstoles, San Pedro en el lado izquierdo, San Juan sentado al derecho y Santiago en el testero, y había además tres sayones y Judas que les guiaba, ocupando el plinto, de modo que venía a formar el paso una especie de montículo, estando en la cumbre Jesús y el ángel, en la falda los apóstoles y en todo lo bajo los sayones y Judas como dirigiéndose al huerto a prender al Redentor. Los sayones llevaban una soga, una alabarda y una linterna y, todos, alfanges, así como San Pedro. El tronco de la oliva y el monte estaba formado por cinco piezas de lienzos pintados, y todo el grupo escultórico iba rodeado de barandillas de madera. En los testeros del paso llevaba faldones de lienzo morado. Los demás pasos llevaban los faldones en los cuatro lados.

El paso de *Adivina* suponemos quería representar el momento en que un sayón dió una bofetada a Jesús. Iban en él Jesús, del tamaño natural, como eran todos, con túnica de terciopelo carmesí, forrada de tafetán del mismo color con franja de oro fino todo al derredor y ceñidor de seda con borlas de *cartulina* también de oro. El resto del año estaba vestido de tafetán morado. A los lados dos sayones con sus alfanges. Llevaba Jesús diadema de plata regalada, como la del Jesús del Huerto, por el tribunal de visita en 31 de Enero de 1761.

Seguía el paso del titular, o sea del Cristo de la Humildad,

que representaba el espolio, y debía estar inspirado en el del Greco de la Sacristía mayor de la Iglesia Primada, porque la cruz estaba tendida y un sayón la estaba barrenando, mientras un muchacho le tenía el martillo y los clavos. El suelo representaba un peñasco, y el Cristo no estaba en el centro, sino a la derecha. No tenía más que tres figuras; en una roca había una calavera. El Jesús era de tamaño natural. No dicen de qué era la túnica, pero sí que llevaba un cordón de oro y seda que pesaba 32 onzas y media, y terminada la procesión, se guardaba. Llevaba potencias de plata de ráfagas que se le hizo en 1760 por la Cofradía.

Después iba Cristo Crucificado, mayor que el natural, con potencias de plata de rayos y pañetes de Cambray con encajes que se lavaban todos los años, antes de la procesión, y terminaba con el paso de la Soledad, formado de la Virgen y San Juan, vestida la primera de terciopelo negro, con basquiña y jubón de lo mismo, con un guardapiés y jubón de damasco morado carmesí, y San Juan vestía una túnica sencilla carmesí, manto de tafetán doble blanco y ceñidor. La Virgen llevaba diadema de rayos de plata, y la de San Juan era redonda, también de plata y cincelada. El rótulo de la cruz del Crucifijo era de hoja de lata, lo que no se avenía bien con el esplendor de la Cofradía. Los cinco mozos que llevaban el Crucifijo ostentaban carcajes de baqueta forrados de damasco negro los cuatro y el quinto de raso.

No sabemos más de esta procesión, que si se hacía de noche en aquellos tiempos en que todo el alumbrado de las calles era el mortecino farol de algún retablillo; en las cercanías de San Juan de los Reyes, con sus pináculos y cresterías dibujándose sobre la claridad del cielo; en el silencio y recogimiento natural en épocas de fe ferviente, sería de una emoción intensa, y si se restableciese, daría ocasión a que los turistas enamorados de las noches toledanas, invadieran la ciudad tan sólo por contemplar un acto que les llevase a otros tiempos.

No terminaremos estas notas sin decir que las imágenes se veneraban, durante el año, en una capilla de San Juan de los Reyes, que se llamaba de las Santas Insignias, desde la que se abrió un paso en el siglo XVIII para la de la Orden Tercera, y la Cofradía de la Humildad, en 1752, interrumpió el tránsito entre ambas con un *atajado* de madera y herrajes, aunque dejando un postigo.

La Cofradía tenía pocos bienes y éstos pobres; pero en el in-

ventario se consigna algo que debía ser notable y es el paño para los cofrades difuntos, que era «de fondo paxado (*amarillo*) y labor morado carmesí, forrado en lienzo de la misma color con su escudo bordado de oro toda la orla, y dentro, también bordado de seda, la Imagen del Santísimo Christo de la Humildad, guarnecido por la parte de afuera, y todo alrededor de franja de oro del ancho de dos dedos y al canto con un flueco de seda morada carmesí, y pajada, y esta alaja está en poder del Señor Thesorero». Tenía otro viejo de terciopelo carmesí con escudo y cruz de raso, pero no la consideraban *alhaja*.

#### IV.—La Ermita del Pradillo.

En el Pradillo de los ahorcados, que en el plano del Greco se sitúa entre el Convento del Carmen y la Puerta de Doce Cantos, había una Ermita donde se veneraba el Cristo de la Soledad de los pobres, de la que poquísimas o ningunas memorias han llegado a nosotros. La casualidad puso en nuestras manos un libro de *Inventarios de los bienes* de dicha imagen, que empieza con la visita hecha a aquella Iglesia en 15 de Julio de 1666 por el doctor D. Antonio Escudero de Rozas, Canónigo de la Catedral toledana y visitador general de la Archidiócesis, y como se manda hacer inventario por haber muerto el Lic. Agustín Díaz, que estaba encargado de la Ermita, vamos a dar noticias de lo que en él se encuentra.

Había en ese día en la Ermita un cáliz con patena de plata que pesaban 22 onzas.

Un *agnus dei* pequeño guarnecido de ébano.

Dos manillas de bronce pequeñas con piedras blancas.

Un jubileo con marco negro.

Una medalla de bronce con la Anunciación en un lado y la cátedra de San Pedro del otro, «que cualquier sacerdote que se lo pone para decir misa en la hermita saca dos ánimas del Purgatorio».

Un *agnus dei* grande con guarnición de bronce y el cristal quebrado.

Después de esto, las ropas, ornamentos y franelas en que no hay nada que llame la atención, y después, bajo el epígrafe de *Pinturas*, se encuentra lo siguiente:

Una Concepción de bulto, vestida, y con corona de plata.

Un niño Jesús, vestido, y con potencias de plata.

La imagen de la Soledad con diadema de plata.

Otro niño Jesús con potencias de bronce.

«Un Cristo de marfil que robaron y sólo quedó la cruz».

Dos ramilletes de flores pitados en lienzo.

Catorce cuadrillos más sin importancia y otras ocho pinturas, de las que dos estaban en tabla.

No ofrece nada de interés el libro citado más que lo dicho, amén de que, en 1.º de Abril de 1678, estando vacante la plaza, se nombra sacristán de la Ermita «al hermano Lorenzo de San Joseph, hermitaño del abito de San Pablo, que es un hombre casi colorado, entrecano, con un lunar junto al ojo izquierdo, de hasta edad de quarenta y cinco años a el qual da su Merced licencia y facultad para que en esta ciudad y demas ciudades, villas y lugares de este Arzobispado pueda pedir y pida limosna con la insignia del Santo Xpto.....» Dió por fiador a Juan de Badillo, en servicio de D.<sup>a</sup> Isabel de Cardona, dama de la Reina.

Véase aquí la realidad de los demandantes de santos que andaban por los caminos y las ciudades en aquellos tiempos de fe sencilla y crédula, que veía en ellos unos santos, aunque no fuesen otra cosa que pillos redomados, como lo era éste que en 11 de Marzo de 1680, es decir, antes de cumplir dos años de su ermitaje, había abandonado el cargo, según reza el nombramiento de su sucesor Sebastián Sánchez, a quien se nombra porque el hermano San Joseph «se ha exonerado de la asistencia de dicha hermita e ídose a la villa de Madrid», y como «el gato escaldado del agua fría huye», aunque el nuevo ermitaño dió de fiador a Vicente Fernández, maestro ensamblador, no se le dió licencia para pedir por los pueblos ni aun por la capital. Sebastián Sánchez murió en 1703, y en su defecto, nombraron a Juan García Colorado, en quien se restableció el permiso para postular por villas y ciudades.

**Rafael Ramírez de Arellano**

**Numerario y Director.**